



Mujeres de la tierra: Más allá de la agricultura

Por RAÍCES

México es la cuna de esplendorosas civilizaciones indígenas como los olmecas, los aztecas y los mayas. Su cultura mezcla tradiciones indígenas y elementos de la colonización. Sin embargo, son las comunidades indígenas, el corazón de la cultura mexicana y las que conservan la sabiduría ancestral en las prácticas cotidianas, las más afectadas por el modelo de desarrollo orientado al exterior.

Entre este grupo de personas están las mujeres indígenas, que suelen ser las últimas en muchas cosas. Para ayudarles a superar las consecuencias negativas de la desigualdad social y la crisis climática, se requieren medidas creativas. En este artículo, RAÍCES va a compartir la experiencia de la Fundación Bioma, organización mexicana que empodera a las mujeres indígenas a través de la agroecología, desde una lógica de producción tradicional de alto valor agregado.

La Fundación Bioma fue establecida en 2012 en Puebla con la misión de ayudar a las mujeres campesinas indígenas de México a enfrentar el cambio climático. Desde el mismo año, ha ofrecido formaciones a las agricultoras, acompañándolas en la producción agroecológica de café, cacao, vainilla, canela, entre otros cultivos, con la asistencia de especialistas técnicos.

Aunque los programas de formación son gratuitos, no es fácil para las agricultoras participar en todas las clases especialmente cuando necesitan cuidar a sus hijos. Por eso, la Fundación aplica incentivos para fomentar la participación de las mujeres: desarrolla formaciones para el cultivo de vainilla, miel, y mole, que no requieren toda la parcela de tierra de la familia, cuyo dueño suele ser el esposo. De esta forma, las agricultoras han podido tener su “propio negocio” y, al mismo tiempo, diversificar la economía familiar.

Además de trabajar con cultivos que dan autonomía a las mujeres, la Fundación siempre busca que el cultivo resulte en productos finales. Es decir, todos los programas procuran la agregación de valor. Siempre trabaja con colectivos y los convierten en cooperativas que alcanzan la autonomía necesaria para hacer comercio.

El 2013, la Cooperativa de Mujeres las Maravillas Acuex constituyó el Centro de Formación en la Comunidad de San Miguel Acuexcomac, Puebla, un proyecto de invernadero para producir chile mihuateco. Este es el ingrediente principal del mole poblano, una comida tradicional mexicana muy popular. A través del invernadero, se ha desarrollado una micro-agroindustria en la comunidad para producir mole en paquete. Asimismo, el Centro también utiliza los principios de la agricultura orgánica para la producción de maíz, a través del uso de bioinsumos.

Otro proyecto significativo, en el que participan veinte mujeres con un centro de formación de la vainilla, es de la organización Suamej Tonantzin. Esta organización adquiere la vainilla producida por pequeños agricultores. Estos reciben capacitación desde la siembra hasta la cosecha. Suame Tonantzin comercializa productos terminados como shampoo, jabones, artesanías y vainilla en extracto y vaina, oferta sus productos en las principales ciudades de México y algunos productos los coloca en mercados de exportación, como Francia.

Las cooperativas de café como Bajo Sombra venden a mercados en México y la

Cooperativa de Miel “Suamej Nektli” está en proceso de conformación. Su producto principal es la miel de meliponinos.

Al ser agroecológicos, estos productos tienen un valor aún mayor por ser, además, frutos de la agricultura tradicional, práctica estratégica para el país que se ejerce en la tierra colectiva.



México tiene una estructura de propiedad agraria única en el mundo: 50,7% de la tierra es propiedad social gracias a la lucha revolucionaria zapatista de 1910. (Lea la [reseña](#) del libro “Experiencias de reforma agraria en el mundo” por RAÍCES para saber más sobre la Revolución Zapatista) Estamos hablando de 99,7 millones de hectáreas con 32.203 núcleos agrarios. Como fruto de la revolución, poco más de la mitad de la superficie pertenece a los ejidales y comunidades, donde normalmente se aplica la agricultura tradicional. Este concepto sufrió un retroceso en 1991, cuando la Cámara de diputados aprobó una serie de modificaciones a la Constitución que ponen término al reparto agrario y privatizan la propiedad de la tierra de los ejidos y de las comunidades indígenas, pero ha experimentado una recuperación en el gobierno de Andrés Manuel López Obrador desde su elección en 2018.

El presente gobierno tiene 3 pilares en el área pública, dos de los cuales se destinan a los agricultores tradicionales: el programa Sembrando Vida, que brinda recursos económicos de manera indirecta a los agricultores; y Producción para Bienestar, que impulsa la transición ecológica transfiriendo recursos de manera directa a dos millones de productores.

Las mujeres de Puebla son defensoras de la tierra comunitaria y ejecutoras de la agricultura tradicional. Más allá de la producción, están consolidando la comercialización, considerada como estrategia clave para la agricultura tradicional. Están trabajando tanto en establecer puntos de venta en el país como en expandir las exportaciones. Dentro de poco, las agricultoras van a poder llevar sus productos a la Ciudad de México y venderlos en una tienda compartida.



En muchos países de América Latina, cuando una mujer es buena en una tarea doméstica como cocinar y coser, se dice que “se puede casar”. Si bien se trata de una expresión tan coloquial que raramente las personas piensan en el color machista que contiene cuando la usan, implica el sentido del valor femenino atado al matrimonio. El sentido más importante de la Fundación Bioma y otras parecidas constituye en hacer que las mujeres indígenas, el grupo más vulnerable de la sociedad, sean respetadas, tengan autonomía sobre sus vidas y consigan elogios no porque cumplan su deber de cuidar la familia, sino porque son buenas agricultoras de chile, café, o vainilla, técnicas profesionales de la agroindustria, y excelentes dueñas de negocios.

Como el caso de las mujeres en México en el medio rural, que se distinguen por ser las guardianas de la familia, la salud comunitaria y su gran labor por conservar y defender su patrimonio biocultural y su territorio.